

La «regla» de González

ANTONIO GUERRA



Con un fondo color pastel y el tono suave de unas letras que al compás de un vals vienés componían las palabras «Charlas del Presidente», se nos ha vuelto a aparecer Felipe González en la televisión de Asensio. El Presidente cumplía el primer ciclo de lo que ya puede llamarse la «regla» de González, tanto por su mesuralidad como por los trastornos que ha causado a la oposición. Hay que reconocer que apenas dijo al comienzo esa obviedad de «quiero agradecer la oportunidad que se me brinda», muy al estilo de las folklóricas de su tierra, el señor presidente ya se había metido en el bolsillo a toda la gerontocracia, que componen sus fans más agueridos. Iba el hombre con un ropaje sobrio y elegante de distintos azules —jersey, pantalón, camisa—, aunque, naturalmente, predominaba el mahón.

Todo colaboraba a un ambiente angélico, lo mismo que el contenido de esta primera charla «mensual»: delicias de la recuperación económica, magnífico futuro para los pensionistas, funcionarios que cobrarán más, becas para los talen-

tos españoles, sanidad de buena calidad para todos, Estado de las autonomías en marcha... Y todo envuelto en la palabra suave y conciliadora, que este sevillano es el mejor vendedor de sueños imposibles. Hasta el acento fue esta vez más sudamericano que andaluz. Al final, tal vez para salpimentar la charla con el contraste de la protesta, terminó manifestándose en tono justiciero y populista contra la sentencia de la «operación Nécora» y el leve castigo de sus narcotraficantes.

No sé si por la reiterada aparición del busto parlante del señor presidente en tantos sitios (miércoles del Congreso, actos oficiales por doquier y ahora estas pláticas de mesa-camilla), la verdad es que la comparecencia «chez Asensio» me ha parecido demasiado institucional, un poco sosa y, sobre todo, incompleta. Sorprende tanta seguridad de Felipe González frente a las cámaras mientras que el partido que sostiene al Gobierno, y del que es el primer responsable este hombre tan comunicador y televisivo, se deshace en una lucha interna y partidista. Al mismo tiempo que hablaba el Presidente en

Antena-3, el secretario general de organización del PSOE, Ciprià Ciscar, no conseguía poner orden en Andalucía, en una rueda de prensa que ha provocado enconados enfrentamientos entre felipistas y guerristas. Al Presidente le faltó valentía, en esta primera comparecencia, para abordar la grave crisis que padece su partido. No se puede generar confianza entre los ciudadanos de un país si la organización política que sostiene al Gobierno vive sobre un polvorrín a punto de explosión. Y ésta es una cuestión que también preocupa a los españoles.

En fin, que la primera «regla» comunicativa de González, con la aséptica compresa de Antena-3, ha sido una magnífica pieza propagandística con la adecuada proporción de mentiras que este género requiere. Uno, siempre tan desinformado, no sabía que había empezado la campaña electoral. A ver qué nos depara José María Aznar en la oferta quincenal que le ha hecho Luis del Olmo en «Protagonistas», con la participación del pueblo sano y soberano ante los micrófonos. El que se aburre es porque quiere.

Entre paréntesis

Brigitte Bardot

LUIS MEANA

Estamos con el frac puesto y la pajarita atada al almidón duro del cuello, pero no nos acaba de entrar el escalofrío. Antes bastaban dos iniciales —B.B.— para que el mundo se convirtiera en un aullido colectivo: y Dios creó a la «femme», aunque a la «femme» no la había creado Dios, sino el cinematocope. Brigitte Bardot fue la última mujer que reinó sobre las fuerzas del mundo, la nariz francesa de Cleopatra capaz de cambiar el rumbo del Universo. Como en la tentación de Cristo, este otro demonio también dijo: todo este cuerpo te daré si te postras a mis pies y me adoras. Y el mundo entero se postró a sus pies y la adoró como no había adorado a ninguna otra mujer. Durante casi una década ella fue

fers. Pero B.B. es el original. La última resurrección gloriosa de la carne femenina, antes de que ésta se convirtiera en plástico de McDonald's. Brigitte fue el último paraíso que pisó, aunque sólo fuera cinematográficamente, el hombre de este siglo. Después, la historia le expulsó de ese paraíso —la «femme»— y ya todo ha sido un andar errático a la búsqueda del tiempo y el sueño perdidos. Con ella se acabaron las utopías, salvo el coche. El cuerpo ha sido convertido en una pura máquina de satisfacción de necesidades como el frigorífico o el «airbag». Retrospectivamente, descubrimos ahora que en el sexo technicolor y en la

La última mujer que reinó sobre las fuerzas del mundo

inocencia pícaro de aquella niña lo que relucía era la imaginación inocente y technicolor del siglo: que todavía creía

una especie de orgasmo colectivo. B.B. fue la explosión carnal del mito: mito hecho de la piel púber de una niña, un panty pícaro y transparente, y un culo de bebé: precisamente Brigitte Bardot, la gran B.B. El primer sexo en technicolor. Y el technicolor le va al sexo como el anillo al dedo: el sexo es sólo puro technicolor. Brigitte Bardot es el morbo de una paradoja: una niña totalmente niña y, al mismo tiempo, totalmente mujer, la inocencia de la adolescente y la perversidad de la mujer vieja y fatal. Con esa fórmula única se convirtió en la bomba atómica de su época. Después sólo ha habido sucedáneos: Pfeiffers o Schif-

en el paraíso del cuerpo, del que esperaba la felicidad completa. Ese mito perdido está ahora en Cannes cuidando perros, focas y gatos. Ese paraíso cumple ahora, llena de arrugas, sesenta años de vida, y les cuesta mucho a las generaciones presentes imaginar que esa mujer tuvo en su mano un día todo el poder de «la France», de la que fue último símbolo-monumento, muy por encima de Mitterrand o de De Gaulle. Como la actual Bardot, el siglo es ya sólo una arruga, fea, que arrastra cansinamente su historia entre una metafísica de focas y de pieles, que no es más que una manera, aburrida y descreída, de pasar el rato.

Quesada



¿Qué está pasando aquí?

CARLOS GALLEGO



Después de haber leído el libro de Jesús Cacho «Mario Conde, un intruso en el laberinto de los elegidos», a uno le dan ganas de agarrar una escopeta y liarse a tiros, tomar hábitos y enclaustrarse de por vida en un convento, o aceptar estoicamente que vive inmerso en una porqueriza y, por tanto, no le queda más remedio, para no desentonar con el hábitat, que metamorfosearse en un «simpático cerdito» de iguales características que los que hasta ahora —según el libro— nos han manipulado vil y pérfidamente. Puede que Jesús Cacho sea el embustero más grande de España, en cuyo caso aún no sé por qué, yendo el libro por la segunda edición, no se ha querrellado contra el autor una buena parte de la extensa nómina de excelsos próceres que aparecen en

él. Espeluzna hasta el tuétano comprobar hasta qué punto la cúpula de instituciones o entidades de gran poder, como la Monarquía, Prensa, banca, Universidad, partidos políticos, patronal, etcétera, están atestadas de un buen número de amoraes individuos cuya nauseabunda conducta, traspasando con creces las reglas gangsteriles, pone en serio y permanente peligro la unidad de la patria. Palabra al parecer en desuso y de poco predicamento en aquellos que la quieren retirar definitivamente de la circulación, por si produce distraimientos mortales como el toro de Osborne. Hay fragmentos del texto que por su propia naturaleza son delirantes y constituirían por sí solos —si fueran ciertos— una temible amenaza que pudiera significar a la larga el principio del fin de la Monarquía como institución capaz

de amalgamar lo que no parece sino que ya está empezando a cuartearse. A nadie en su sano juicio le hace gracia asistir como lector a las andanzas de un monarca demasiado «terrenal» y apegado al dinero, que intercede ante su amigo el banquero para que le arregle una deuda que ha dejado el difunto marido de su hermana (siete millones), que luego envía una carta al presidente de Portugal para que presione a su jefe de Gobierno respecto a los negocios que su amigo tiene allí (Banco Totta), o que pone un interés no razonable en que el susodicho banquero reciba la gran cruz del Mérito Naval (loado sea Dios), como si fuera poco menos que el glorioso Churruca. Sobre Sabino Fernández Campo se vierten los más inimaginables complots, al tiempo que se le tacha de mujeriego, frustrado y

desequilibrado psíquicamente. Entrar en el libro, en fin, es hacerlo en el museo del horror, pues todos los personajes que por él pasan destilan el inequívoco aroma de criminales de lesa nación, excepto Mario Conde, que parece entre todos ellos un ángel bienhechor que ha caído por equivocación en un elitista acaudalado cuya producción, dirección, escenografía, luminotecnia y banda sonora parecen deberse al mismísimo Satanás. Daría un día de mi vida por saber si lo que acabo de leer es un copioso libelo, a semejanza de los que en el siglo XVIII circulaban por Madrid con el fin de desestabilizar la monarquía, consiguiendo incluso llevar a validos del Rey hasta la Inquisición, como le ocurrió al conde duque de Olivares, o por el contrario es un libro cuyo autor recoge fidedignamente cuanto le han

dicho sus fuentes, amén de su investigación, sin novelar una sola de sus páginas. Personalmente creo en la integridad sin tacha moral y profesional de Sabino Fernández Campo, y no me extraña que esté pasando los peores días de su vida. La muerte de su hijo y lo que de él se dice en el libro es para tumbar a cualquiera. Una vez repuesto de su dolor, debería el conde de Latorre dejar a un lado su hasta ahora proverbial silencio y hablar, para que los que tanto lo admiran como ilustre asturiano y persona impecable en todas las sentidas, no tengan la más mínima sombra de duda sobre él y sobre lo que a mí se me antoja como una bomba de efectos retardados puesta con premeditación, nocturnidad y alevosía por alguien cuya ambición y perversidad no tiene límites. Mientras, ¿qué es lo que está pasando aquí?